

Capítulo 1

La diferencia que hace un padre

*Desearía poder, desearía haber podido...,
tener el deseo que tengo esta noche...*

Joshua Owen Whitwer llegó a nuestra familia hermosamente sano, y pesó 4.17 kgs. Era nuestra primera experiencia como padres, así que empezamos a navegar por el nuevo mundo de la paternidad como si fuésemos exploradores perdidos leyendo un mapa al revés. Entre la inexperiencia y el agotamiento por la falta de sueño, logramos sobrevivir aquellas primeras semanas. Eran sorprendentes los altibajos emocionales que sufríamos. En un momento mi corazón rebotaba de gozo y asombro por el milagro de nuestro hijito. Al siguiente, era presa del pánico y el temor amenazaba con robarme la paz.

La realidad de ser responsables de la vida de un pequeño indefenso abrumaba nuestra mente. *¿Es segura la cuna? ¿Lo debemos acostar de lado o boca arriba? ¿Hace demasiado calor o demasiado frío? ¿Le estamos dando de comer lo suficiente? ¿Le estamos dando demasiado?* Mi hermoso niño se veía muy vulnerable e indefenso. Todos los días me sentía insegura y me preguntaba si era una buena madre.

El surgimiento de mamá osa

Jamás olvidaré uno de aquellos primeros días en casa cuando mis preocupaciones se convirtieron en un

compromiso. Me encontraba en un sillón con Joshua en mis brazos y observé lo que me rodeaba. Me sorprendí al darme cuenta de que aunque habíamos hecho todos los preparativos para la llegada de nuestro hijo, muchas cosas todavía eran potencialmente peligrosas desde esta nueva perspectiva. Me preocupé particularmente por nuestros dos perros. Aunque eran mansos y cariñosos, eran demasiado grandes y podrían constituir una amenaza. El temor comenzó como un dolor en la boca de mi estómago e invadió todo mi cuerpo. El pánico me sobrecogió y comencé a respirar con agitación. Apreté a mi Joshua y prometí que lo protegería hasta con mi propia vida. Ya lo amaba sin medida, pero en ese momento me convertí en su protectora ante cualquier amenaza, visible o invisible.

Al ver en retrospectiva, me doy cuenta que aquella reacción tiene dos lados. En parte, Dios me dio un instituto maternal amoroso y saludable. Joshua sí necesitaba que sus padres lo defendieran y protegieran. Era mi responsabilidad que creciera en un ambiente sano y seguro. Pero por otro lado, el temor enfermizo e irracional no provenía de Dios. Ese miedo a lo desconocido me paralizaba y convertía en una mamá osa, primitiva y sobreprotectora. Era la actitud de “nadie se meta con mi bebé”, exacerbada por mi maternidad cautelosa y protectora.

Joshua fue un bebé muy feliz que amaba y aceptaba a todas las personas. Lo llevábamos a la iglesia y en ella y muchos otros lugares recibíamos comentarios agradables en cuanto a su adorable sonrisa. Su personalidad generosa lo convirtió en un bebé muy simpático. Mi esposo Tod y yo disfrutamos cada paso de su desarrollo y le dimos gracias a Dios todos los días por su regalo. Fue un niño bastante grande, así que iba adelantado en cada etapa de su desarrollo, con excepción

de su vista. A los seis meses de edad notamos que no podía enfocar bien las cosas y uno de sus ojitos se desviaba hacia adentro. En la consulta médica nos sentimos aliviados cuando el pediatra dijo que la mayoría de los bebés son bizcos en un momento de su vida. Desafortunadamente, el doctor estaba equivocado. La visión de Joshua no se corrigió, y a sus 11 meses acudimos al consultorio de un oftalmólogo pediatra para que le recetara lentes. Nos advirtió que tal vez sería necesaria una cirugía de ojos.

Me mantuve serena en el consultorio pero rompí en llanto de regreso a casa. ¿Cómo podría mi precioso bebé usar lentes antes de aprender a caminar? ¿Qué implicaba una cirugía? ¿Perdería la vista? ¿Moriría en la sala de operaciones? El temor invadió todo mi ser. El futuro era incierto en lo que concernía a la vista de mi hijo, pero mi compromiso de protegerlo seguía siendo una realidad férrea. Ya una vez había decidido ser la protectora de su bienestar, ahora me veía como su protectora emocional, capaz de impedir las burlas inevitables de otros niños que se reirían de él por los gruesos cristales de sus lentes.

A la edad de 18 meses Joshua necesitó una intervención quirúrgica para ayudarlo a corregir el estrabismo. Eso le ayudó en parte, pero muchos años tuvo que usar lentes de gran aumento y llevar un parche en su ojo bueno para completar su programa de recuperación. Aun con todo ello, la vista de Joshua sigue siendo deficiente.

En lo externo yo parecía una madre normal. Pero por dentro me sentía como un equipo de vigilancia. Siempre estaba alerta ante cualquier posible daño contra Joshua; aun la mirada curiosa de un extraño me hacía ponerme a la defensiva. El comentario de otro niño respecto a sus

lentes activaba en mí el plan de escape. Me agoté tratando de atender todas las necesidades de mi hijo y de protegerlo de todo mal, real o imaginario. Pero para mí valía la pena.

Nuestra nueva realidad

Por muchos años logré proteger a Joshua lo mejor que pude. Controlaba a dónde iba, con quién estaba y lo que veía. La vida era buena. Llegaron a nuestra familia dos bebés más y Joshua amaba a sus hermanitos. Ellos también lo amaban entrañablemente. Lo querían mucho por su bondad y cariño con ellos. Ninguna de las amenazas que había imaginado surgió en nuestro hogar. Mi confianza en mí misma como madre iba en aumento y aunque me sentía desafiada de muchas maneras con los tres niños pequeños, siempre me sentí muy bien en mi papel de protectora. Sin embargo, esa vida idílica cambió un día. Aunque la mayoría de la gente no definiría como catástrofe lo que ocurrió, fue algo que sacudió la vida protegida que yo había creado para mis hijos. En pocas palabras, llegó la época de la escuela.

El día que Joshua entró al kínder, me enfrenté en forma abrupta a nuestra nueva realidad: Él estaba lejos de mi protección. Ya no podría cuidarlo física, ni emocionalmente. Por cinco horas al día Josué estaría rodeado de otros niños y ellos no lo amaban como sus dos hermanitos y yo. Una maestra supervisaría sus actividades diarias, pero ella también tendría otros 20 niños bajo su cuidado. Estaría jugando en el patio sin que yo lo viera. Aunque se trataba de una escuela cristiana, Josué pasaría su día junto con otros niños cuyos padres los habrían educado de manera diferente a como lo habíamos hecho en casa.

Esa nueva realidad se cruzó por mi mente y mi rostro se manchó con el maquillaje cuando las lágrimas corrieron por

mi rostro. Entonces me di cuenta que tendría que encontrar otra manera de ayudar a Joshua. Realmente quería esconder a mi hijito bajo mis alas para que nadie lo tocara jamás, pero sabía que esa no era una opción viable. Luché con mi deseo de protegerlo a toda costa hasta que Dios comenzó a hablarme con gentileza acerca de dos temas específicos. El primero era la confianza. Dios me hizo una pregunta que me sigue haciendo hasta el día de hoy: *¿Dices que confías en mí, o de verdad confías en mí?*

¿Confías en mí en realidad?

Dios me hizo otra pregunta que definió mi vida a partir de entonces; una que tenía que resolver en mi corazón. ¿Le confío la vida de mis hijos? O solamente digo que lo hago. Amo tanto a mis hijos que es difícil imaginar que alguien los pueda amar más. Dios me recordó que no solamente los ama más que yo, sino que Él sí puede protegerlos aunque yo no pueda hacerlo. El hecho de confiarle mis hijos a Dios me llevó a un nuevo nivel de fe. Para mí fue una nueva experiencia. No era suficiente con hablar acerca de confiar en Dios, tenía que hacerlo.

Así que todos los días cuando peinaba con amor el cabello de Joshua, lo vestía y lo llevaba hacia la escuela, oraba a Dios. Era más como un ruego desesperado: *Oh Dios, te ruego que protejas a mi Joshua*. Cada vez que el temor surgía en mi corazón, tenía que (y todavía lo hago hasta el día de hoy) repetir esta oración: *Decido confiar en ti, Dios. No quiero solamente decir que lo hago, sino que quiero confiar plenamente en ti*.

A través de esa pregunta, Dios reveló que mi auto-suficiencia en realidad era orgullo. Había asumido un papel

que Dios no diseñó para mí. A través de él pretendía tomar el lugar de Dios en la vida de mi hijo. La verdad es que soy terriblemente imperfecta y una inadecuada sustituta de un Salvador tan santo, perfecto y poderoso. Cuando asumí la responsabilidad de proteger a mi hijo, lo estaba entrenando para que me buscara a mí como la fuente de todas las respuestas y no a Dios.

Mi conducta sobreprotectora en cuanto a la maternidad no solo obstaculizaba mi fe en Dios, sino que estaba incidiendo en la fe mi hijo. Dios me mostró que tenía que enfrentar el tema de la fe antes de ser libre del temor que me había ensombrecido por años, y lo que era aún más importante, mis hijos tenían que aprender a acudir a Dios cuando tuvieran algún problema. El segundo tema que Dios quería tratar conmigo tenía que ver con preparar a mi hijo para enfrentar eficazmente la vida con sus inevitables problemas.

Preparar y proteger

Uno de los mejores regalos que recibí de mi madre fue el haberme enseñado a resolver problemas. Ella era y sigue siendo la mejor solucionadora de problemas que conozco. Para realizar los proyectos de la escuela, me enseñó a dividirlos en varias partes y trabajarlas una a la vez. Me dio herramientas y técnicas que todavía son de gran beneficio para mí en la actualidad.

Me di cuenta que también tenía que enseñarles a mis hijos a resolver sus problemas. Tratar de protegerlos de las dificultades en realidad era una forma de obstaculizar su capacidad de hacerse independientes. Dios me mostró que necesitaba prepararlos para enfrentar y resolver las dificultades porque durante toda su vida tendrían muchas que afrontar.

Mi pastor tiene un dicho: “O estás saliendo de un problema, o estás en un problema o estás a punto de tener un problema”. Los problemas en la vida son inevitables. Yo no estaba ayudando a mis hijos al protegerlos de ellos, porque sólo podría hacerlo por un tiempo demasiado breve. Aprendí durante los primeros años de la maternidad que lo más beneficioso es enseñarlos a enfrentar con efectividad los problemas y el dolor en vez de tratar de evitárselos. Una buena preparación para la vida adulta es enseñarles a enfrentar y resolver el dolor en forma saludable.

¿Por qué permitir el dolor?

Nuestro hijo Dylan obtuvo muy buenas calificaciones en la escuela primaria y se hizo acreedor a participar en una prueba para el programa internacional de bachillerato en su preparatoria. En una de las reuniones informativas para los padres, la asesora del programa nos advirtió que se trataba de un examen muy difícil. No todos los estudiantes podrían pasarlo y quería que lo supiéramos desde el principio. Sin embargo, añadió que sería un buen desafío para cualquier aprendiz que quisiera disciplinarse y trabajar duro.

Ella tenía hijos en edad universitaria y conocía el choque que sufren muchos jóvenes al entrar a la universidad, dejando el cuidado protector de sus padres para iniciar la vida independiente y solitaria. Es como si tuvieran que enfrentar un muro de ladrillo por primera vez. La consejera nos invitó a considerar el programa como una oportunidad para que nuestro hijo enfrentara esa realidad contando aún con el apoyo de sus padres.

En otras palabras, si permitíamos que nuestro hijo enfrentara algunas situaciones difíciles, podría aprender

a resolverlas. Ese programa de preparatoria sería la oportunidad para obtener más que una mejor educación. Si lo afrontábamos con la actitud correcta, prepararía a Dyla para enfrentar los retos del futuro.

Estuve reflexionando en las palabras de la consejera y me di cuenta de que Dios me había estado enseñando algunas cosas y entretejiendo en mí esa filosofía durante varios años. El Dr. James Dobson lo dijo así: “Permítame recordarle que la personalidad humana crece a través de las adversidades siempre y cuando el proceso no destruya a la persona. Contrario a lo que creemos, el ambiente ideal para su hijo no es el que está libre de problemas y pruebas”.¹

Si permitimos a nuestros hijos experimentar cierto grado de dolor, también aprenderán a recurrir al Señor. Si la vida de un niño está libre de problemas, podría perder de vista su necesidad de Dios. Aunque suene paradójico, es algo que experimenté en mi propia vida. En los tiempos de profundo dolor y sufrimiento es cuando más he buscado la paz de Cristo y Él responde acercándose a mí para consolarme. Dios me enseña cosas acerca de sí mismo que jamás aprendería en circunstancias menos adversas.

Cuando las cosas salen bien, pienso equivocadamente que tengo la vida bajo control. En esos momentos dejo de buscar la ayuda de Dios y me pierdo de grandes bendiciones. Jamás ando buscando el dolor para acercarme más a Dios, pero le doy gracias porque Él lo usa para mostrarse a mí.

La transferencia de responsabilidad

La idea de preparar a un hijo para el dolor inevitable de la vida implica colaboración entre padre e hijo. Esa relación comienza tomándolo de las manos para enfrentar el problema

Juntos. De esa manera, se le lleva poco a poco hacia una independencia total para resolver problemas. Dios nos da ejemplo de estar a nuestro lado en algunas ocasiones, así que nosotros debemos ser maestros de nuestros hijos en la transferencia de responsabilidad. Vi esa lección en acción un día frente a mi casa.

Cuando sonó el timbre una tarde de primavera, abrí la puerta de entrada. Ahí estaban de pie ante mí una hermosa niña de cabello rubio al lado de una mujer que intuí era su mamá. La niñita traía en su mano derecha un ramo de flores que parecían provenir de nuestro jardín.

“Hola”, dijo la mujer en tono nervioso. “Mi hija tiene algo que decirle”.

La niña agachó su cabecita y no dijo nada. Me tomó un par de segundos entender lo que estaba sucediendo. El silencio fue largo. Vi con compasión a la madre que trataba de contener las lágrimas. Sé que quería intervenir, pero fue sabia y se abstuvo.

Me arrodillé frente a la niñita y tomé su mano con el ramo de flores en la mía. “¿Cortaste esas flores de mi jardín?” le pregunté. Con la cabeza agachada todavía, asintió. “¿Las cortaste para tu mamá?”, proseguí.

Entonces levantó la cabeza, asintió, y me dijo: “Lo siento”.

La madre estaba hecha un mar de lágrimas pues era obvio que estaba sintiendo cada instante del temor y dolor de su hija. Aquello fue más difícil para ella que para la niña, pero la pequeña hizo lo que tenía que hacer. Le di las gracias por disculparse y la felicité por el amor que sentía por su mamá. Las dos se marcharon de la mano y Dios me dio un cuadro hermoso de cómo una madre puede preparar a su hija para la vida real.

En nuestro intento por ayudar a nuestros hijos a enfrentar el dolor que viene a sus vidas, en ocasiones tenemos que tomarlos de la mano. Nuestra presencia física y emocional es saludable y correcta, especialmente cuando son pequeños. Ya sea que se trate de una tarea escolar, un amigo difícil o la pérdida de una mascota, en ocasiones necesitamos estar a su lado y abrazarlos. En otras, a medida que van madurando en edad y experiencia, podemos ir transfiriéndoles la responsabilidad de enfrentar los retos de la vida. En vez de estar al lado, quizá nos pongamos detrás de la puerta.

Finalmente llegará el día en que nuestros hijos o hijas tratarán sus problemas de manera independiente. Si todavía tomamos de la mano a nuestra adolescente mientras le hacen una prueba para obtener un papel en una obra, querrá decir que hemos perdido algunas de las oportunidades que se nos presentaron en el camino. Si hacemos bien nuestro trabajo como padres, pasaremos con éxito la transición entre tomarles de la mano, entrenarlos, y finalmente aconsejarlos. Entonces nuestros hijos nos consultarán sus problemas según sus necesidades.

Cómo hacer una diferencia de repercusiones eternas

En mis peores días como mamá, me siento como un árbitro sin silbato. Me agoto por la cantidad de conflictos entre hermanos que tengo que juzgar, me frustró por marcarle a alguien el fuera de lugar porque ya debería saber que esas cosas no se hacen, y estoy lista para sentarme en la banca a tomar un descanso. Esos son los días en que mi éxito como madre se mide porque nadie salió lastimado.

En mis mejores días como mamá, mi corazón rebosa de gratitud a Dios por haberme confiado la crianza de cinco de

sus hijos. En vez de sentirme desanimada, Dios me da un atisbo de sus planes para mis hijos y la importancia de mi papel en sus vidas. Cuando veo que mi hijo toca la guitarra en el grupo de adoración o que mi hija ora por mí, esa visión del futuro me sostiene en los días difíciles. En ellos entiendo el valor y costo de ser madre y la influencia positiva que mi esposo y yo podemos ser en ellos.

También en esos días me siento animada a perseguir uno de mis más altos propósitos como madre cristiana: criar hijos que amen y sigan a Jesús toda su vida. Con asombro reconozco que Dios usa los tiempos difíciles, desafiantes y dolorosos para darnos la oportunidad de dirigir a nuestros hijos hacia Él, quien siempre está listo y dispuesto a revelarse personalmente a cada uno. Es por medio del dolor que nuestros hijos aprenden que Dios es más que un personaje de historietas. Él desea tener una relación personal con ellos.

Yo no aprendí a confiar en Dios en los tiempos buenos. Claro que es más fácil amarlo durante ellos y le estoy agradecida por enviarlos. Sin embargo, he aprendido a *confiar* en Él en los tiempos difíciles. Durante ellos he clamado que me ayude y he experimentado Su intervención milagrosa en mi vida. En los tiempos solitarios es cuando clamo en desesperación y me conforta con Su presencia. Cuando siento temor, le pido que me dé Su paz y Él me inunda con su presencia protectora.

No he aprendido a confiar en Dios leyendo libros maravillosos. Tampoco escuchando sermones poderosos. No he aprendido a confiar en Dios oyendo cómo mis amigos confían en Él. He aprendido a confiar en Dios cuando experimento algo difícil, cuando doy un paso de fe y obediencia y compruebo que Él sí es digno de toda mi confianza.

Podemos darles ese mismo “regalo” a nuestros hijos. Podemos ayudarles a experimentar la realidad de Dios en su vida por la manera en que los guiamos a través del dolor y los problemas. Creo que servimos a un Dios que anhela intervenir en nuestras vidas cuando lo invitamos a hacerlo. No hay mejor tiempo para experimentar el poder y la majestad de Dios que cuando los niños son pequeños.

La realidad y esperanza de vida

Todavía desearía proteger a mis hijos de todo daño, pero sé que eso no es posible. Job 5:7 dice: “Pero como las chispas se levantan para volar por el aire, así el hombre nace para la aflicción”. Aun el Hijo de Dios experimentó dolor y sufrimiento en la tierra. No tenemos opción, no podemos evitar el dolor. Sin embargo, sí es posible enseñar a nuestros hijos a manejar el dolor de manera efectiva e independiente.

Una parte natural del crecimiento es permitir que nuestros hijos desarrollen pensamientos y acciones independientes, aunque a veces resulte doloroso. Actualmente tengo cuatro adolescentes en casa y a veces desearía tener días más sencillos como cuando yo era la que tomaba todas las decisiones. Pero esa no es la realidad del crecimiento. Los hijos necesitan tomar sus decisiones para desarrollar confianza en sí mismos y madurar. Cuando se enfrentan a un dilema de cualquier índole, necesitan aprender a procesar la situación, considerar sus opciones, tomar la mejor y luego aprender de las consecuencias. Esa es la manera en que nos convertimos en adultos sabios y confiados.

Mi deseo es que en lo que resta de este libro descubramos cómo ayudar a nuestros hijos a enfrentar los problemas diarios de la vida; que los eduquemos para que acudan a Dios

como la única fuente de sabiduría y fortaleza. Con esta base, mi oración es que ellos se conviertan en adultos que hagan lo mismo. La verdad es que no hay respuesta a los problemas del mundo fuera de Dios y la decisión más importante que nuestros hijos tendrán que tomar es qué lugar van a dar a Jesús en su vida.

En vez de ver los problemas como algo que debemos evitar, hagamos que se conviertan en oportunidades para que nuestros hijos entiendan su necesidad del Salvador y de Dios que siempre es fiel. Tenemos una promesa del mismo Señor Jesús al respecto: “En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo” (Juan 16:33). ¡Alabado sea Dios porque hay esperanza!

Versículos para memorizar



*Por tanto, tomad toda la armadura de Dios,
para que podáis resistir en el día malo,
y habiendo acabado todo, estar firmes.*

EFESIOS 6:13

*Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a
vuestros hijos, sino criadlos en disciplina
y amonestación del Señor.*

EFESIOS 6:4

*He aquí, herencia de Jehová son los hijos;
cosa de estima el fruto del vientre.*

SALMOS 127:3

Cuando tu hijo sufre

*Pero Jesús dijo: Dejad a los niños venir a mí,
y no se lo impidáis; porque de los tales
es el reino de los cielos*

MATEO 19:14

*El que reciba en mi nombre a un niño como este,
me recibe a mí; y el que a mí me recibe, no me recibe
a mí sino al que me envió*

MARCOS 9:37

Palabras de ánimo



*Tomar la decisión de tener un hijo es un gran
momento. Es decidir que tu corazón va a andar
siempre fuera de tu cuerpo.*

---ELIZABETH STONE

*Antes de casarme tenía seis teorías acerca de la crianza
de los hijos; Ahora tengo seis hijos y ninguna teoría.*

---JOHN WILMOT

*Para instruir a un niño en el camino que debe andar,
trata tú de andar por ese camino de vez en cuando.*

---JOSH BILLINGS

*No te preocupes porque tus hijos nunca te escuchen;
preocúpate de que siempre te están viendo.*

---ROBERT FULGHUM

*Es probable que el hijo por el que haces menos,
es el que te producirá más orgullo.*

---MIGNON McLAUGHLIN

Preguntas para discusión en su grupo
o para responder en su diario



1. ¿Cuál es el mayor desafío que estás enfrentando en lo personal como madre?
2. ¿A dónde recurres para encontrar apoyo o ánimo al enfrentar los desafíos de la crianza? ¿Cumple esto tus expectativas?
3. Proverbios 22:6 dice: “Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él”. ¿En qué caminos estás instruyendo a tus hijos en la actualidad?
4. En tu opinión, ¿cuáles son las cualidades de carácter que un padre debe inculcar en sus hijos?
5. Describe por qué cada una de ellas es importante.
6. ¿Hay alguna cualidad que crees que debes enseñar a tu hijo? Si es así, escríbela.
7. Cuando alguien lastima a tu hijo, ¿cuál es tu primera reacción? ¿Cómo ayuda o afecta esa reacción?
8. En la actualidad, ¿cuáles son los desafíos más grandes que enfrentan los niños?
9. ¿Qué has aprendido de tu Padre celestial que te ha ayudado a ser mejor madre?
10. Al comenzar a leer este libro, ¿qué oración haces por ti misma? ¿Qué oración haces por tu hijo? (Si tienes más de un hijo, escribe una oración por cada uno de ellos).